

ATRAVÉS  
— DE LA —  
ARENA

LAURA MORÁN IGLESIAS

## PRÓLOGO

El alba iluminaba las estrechas calles de la ciudad, todavía dormidas, mientras la vida despertaba tras las puertas cerradas. La capital se desmereaba bajo los rayos de sol que pronto calentarían a sus habitantes tras una noche especialmente fría. En aquel oasis en medio del desierto, las casas se arrejuntaban las unas con las otras, y ofrecían sombras y rincones escondidos en los que vagabundos y huérfanos se cobijaban de las altas temperaturas.

En medio de la penumbra, una sombra silenciosa como un gato corrió sobre los tejados bajos y aterrizó de un salto en una calle de aspecto abandonado. Se agazapó tras unas cajas y escuchó con atención, conteniendo el aliento. La sangre bombeaba en sus oídos como único sonido del lugar. Pasaron unos segundos eternos hasta que se oyeron ruidos de pasos: eran las voces de las que huía. Arrebujándose en su capa, se fundió aún más con la penumbra y esperó.

—Maldito crío —juró uno de los guardias, unos metros más alejado de su posición—. ¡Se te ha escapado!

—¿A mí? —se defendió su compañero—. ¡Eres tú quien se ha equivocado al girar!

Ambos guardias comenzaron a discutir y, en la oscuridad, la figura encapuchada suspiró con alivio al notar cómo se alejaban cada vez más. Sabía que no la volverían a molestar: ni siquiera le habían visto la cara, así que jamás la reconocerían. Además, solo había robado un poco de pan y queso: robos así se daban todos los días, y a nadie le preocupaban lo más mínimo.

El olor a podrido que emanaba de una de las cajas comenzaba a marearla. Se deslizó entre los edificios para pasar desapercibida entre los

ciudadanos y se dirigió, aún encapuchada, hasta la calle principal, donde se descubrió por fin el rostro para mezclarse con la multitud. Era día de mercado y la Plaza Mayor de Kahje se llenaba de gente de toda Vassla desde primera hora, que acudía para vender, comprar o cambiar sus bienes por otros. El día favorito de los vendedores... y el mejor día para que los ladrones como ella recaudaran un buen botín.

—Lo primero es desayunar —pensó Nuage. Le rugieron las tripas y aferró el pan y el queso con sus manos huesudas. Se sentó bajo los muros que rodeaban el cuartel de la guardia de Vassla con una sonrisa en los labios: nadie esperaba ver a una ratera tan cerca de las fuerzas de la ley. Hacía dos días que no comía nada fresco, y aquellos bocados le supieron a gloria.

—¡Aparta, chaval! —Una voz áspera y un golpe brusco sacaron a Nuage de su ensoñación. Nuage se apartó de un salto antes de que el malhumorado mercader la arrollara y observó a los comerciantes. El camino del este era muy transitado, y muchos mercaderes arrastraban sus carromatos con pesadez por la calle adoquinada. Desembocaba en el mismo lugar en el que convergían todos los caminos de Kahje: la plaza Mayor.

Robar la bolsa de los comerciantes a esas horas no valía la pena; y menos tan cerca de la mismísima guardia. Así pues, Nuage se unió a ellos y se dirigió hacia la plaza. El día podía ser muy provechoso para ella, con tanta gente en la ciudad y tan poca preocupándose por lo que ella hiciera: flaca y con aspecto de niño desvalido nadie le prestaba atención, pues estaban demasiado acostumbrados a ver huérfanos en las calles como para preocuparse por ellos. No obstante, Nuage no era ningún niño desvalido, huérfano y hambriento; tan solo lo parecía. Había crecido muy poco y su cuerpo no revelaba en absoluto su edad. Su tez, tostada por el sol, y su pelo negro, cortado por ella misma a cuchillo, le daban un aspecto masculino. Su ropa holgada también escondía sus tenues formas a la perfección. Para rematar su fachada, Nuage parecía tan endeble que los demás nunca la tenían en cuenta como un posible riesgo, lo que le daba la ventaja ideal para robar sin levantar sospechas.

Y además era rápida, más que ningún miembro de la guardia.

La plaza Mayor se abrió ante Nuage, que miró hacia el palacio erigido a su derecha. Una enorme construcción amurallada, con los únicos árboles del país en su interior... y reservada para la realeza, cuando sus súbditos luchaban por sobrevivir en el desierto. Le alteraba la bilis pensar en la situación de su pueblo, subyugado por una monarquía despota y encerrado en aquel desierto que era el mundo entero.

«Algún día», pensó Nuage. «Algún día me largaré de este país».

Una antigua nana que le cantaba su madre le vino a la cabeza, y Nuage la tarareó entre dientes mientras se paseaba por el mercado. Su jornada laboral daba comienzo.

*Más allá de los mares de arena, crecen las montañas y los árboles  
pueblan, y los reyes de las aguas navegan sin cesar...*

*...cuidado si te adentras, en la arena y el calor*

*Pues ya no hay salida para quien pisa el exterior.*

~~~~~

Se escabulló de Kahje antes de que cerraran las puertas de la muralla que rodeaba la capital. Prefería viajar de noche, al amparo de la oscuridad, a pesar del frío que se le metía en los huesos y de los peligros que suponía una marcha a oscuras los días que, como aquel, la luna no brillaba en el cielo. Se alejó del camino real y esquivó las zonas rocosas sin dificultad, mientras su mano sopesaba el dinero robado y evitaba que tintineara dentro de la bolsa. Pronto sus pies encontraron el camino secundario, que no salía en ningún mapa, y que tanto acostumbraba recorrer.

El viento nocturno se levantó con fuerza. La capital se dibujaba a sus espaldas, cada vez más difuminada, y Nuage se arrebujó en su capa bicolor, marrón oscuro por una cara y del color de la arena por la otra, en un intento de aislarse del frío y del polvo que se le metía en los ojos. Con la capucha bien calada y sin levantar la cabeza, comenzó una pesada marcha hacia su ciudad, la más alejada del país, que le llevaría toda la

noche. El desierto entorpecía sus pasos y ralentizaba el viaje, pero robar un caballo habría sido demasiado arriesgado. Las horas pasaban lentas mientras repasaba el botín adquirido: no había sido mucho, pero si lo administraba bien podría pasar al menos un par de semanas sin tener que volver a dar otro golpe en la capital.

—Si tan solo Kahje estuviera más cerca, no tendría que hacer viajes tan largos por un puñado de comida —masculló, buscando compañía en su propia voz, al amparo de la noche.

Despuntaba el alba cuando por fin llegó a Rakana. Si un vecino madrugador hubiera mirado en ese momento por la ventana de su casa no habría logrado verla, camuflada con el entorno. Rakana despertaba y Nuage se apresuró entre sus calles, llena de construcciones pequeñas y destartaladas hechas de barro, deseosa de llegar cuanto antes al único sitio al que podía llamar hogar. Lo habría abandonado sin mirar atrás ni una sola vez de saber que más allá del desierto había algo para ella, pero nunca se animaba a dar el paso. Su casa era una de las más alejadas del centro del pueblo y, a su vez, cercana a las minas donde había trabajado su padre. Como tantos otros hombres y mujeres de Rakana y sus alrededores, ella y su familia habían vivido de la minería, aunque cada vez se encontraran menos metales valiosos y muchas familias estuvieran abandonando el oficio.

Nuage apretó el paso al vislumbrar la valla despintada, antes roja, que bordeaba su casa. La puerta, verde, sucia y deslavada, estaba entreabierta y con claros signos de haber sido forzada. Con el corazón en un puño, Nuage corrió hacia allí y entró sin aliento. Se encontró con un panorama desolador: la única habitación que tenía su hogar había sido completamente desvalijada. El estropeado armario de madera estaba tirado en el suelo, con todo su contenido esparcido; habían levantado las tablas de madera del suelo e incluso habían acuchillado su pobre colchón de paja en busca de contenido oculto. Nuage supo enseguida que los ladrones no buscaban nada en concreto. Se habían llevado todo lo que tenía de valor. Los escasos objetos de su familia, con más valor sentimental que económico; y, lo peor, el botín que había acumulado durante años con la esperanza de huir del país. Monedas de oro y plata, alguna piedra preciosa, joyas... Todo lo que había considerado que se podría

cambiar o vender si conseguía cruzar el desierto y encontraba cualquier civilización al otro lado.

Sus ropas estaban desperdigadas en uno de los rincones, y también su mochila, la que utilizaba para golpes que la obligaban a estar días fuera. Corrió hacia ella y observó que habían vaciado el contenido en el suelo, pero no faltaba nada: el odre de cuero estaba tapado por su única camisa de repuesto, y los demás utensilios —una navaja oxidada, un trozo de cuerda o la lona de plástico— estaban a la vista. Lo único que echó Nuage en falta fue su *kukri*, una daga ovalada herencia de su padre. Palpó con desesperación la mochila y descubrió con alivio que no habían encontrado el doble forro donde lo tenía siempre. Agarró el cuchillo con fuerza y se lo guardó en la bota de cuero blando, al lado de las ganzúas. Se cubrió con el pantalón y quedó oculto.

Se sentó en el medio de su choza y casi quiso reír ante la estampa. No le habían dejado intactos ni los dos platos que tenía: diez años de trabajo, de pequeños golpes discretos en la capital y sus alrededores, lejos de los pueblos y las gentes más pobres, se habían esfumado sin más. Ya ni siquiera tenía con qué comprar comida para un viaje largo, o un caballo con el que huir al galope. Nada. Nuage seguía sentada, sumida en sus pensamientos, cuando escuchó a dos vecinas pasar por delante de su casa en dirección al pozo.

—¿Habéis podido pagar los nuevos impuestos? —susurraba una de ellas, preocupada. Su amiga le contestó en el mismo tono furtivo.

—Sí, gracias a los espíritus; pero ha sido por poco. Menos mal que teníamos grano almacenado para el invierno... Va a ser una temporada difícil, pero quienes tienen más problemas son los panaderos. He oído que han tenido que pedir un día más...

Las voces se alejaban, y Nuage dejó de prestar atención. Todos los habitantes del pueblo pagaban unas tasas desmedidas, sobre todo aquellos con hijos, negocios o alguna posesión. Nuage se había perdido la última colecta, pero eso no explicaba el estado de su casa: la guardia nunca era tan descarada con sus robos. Volvía al día siguiente y, si ese día no estabas, la próxima vez que te veían pasabas una noche en el calabozo, además de pagar el doble de lo adeudado. Nuage solía tener cuidado y

siempre tenía lo suficiente listo para entregarlo, pero el día anterior no debía haber sido día de colecta, lo que significaba que el rey estaba su- biendo los impuestos de nuevo.

Como una revelación, Nuage tuvo muy claro lo que debía hacer. Se puso en pie de un salto y recorrió la casa con una actividad frenética. Agarró su ajada mochila y metió toda su ropa, hecha una bola. El único vestido de su madre, un sencillo atuendo de sus días como sirvienta en palacio, le sería bastante útil en ese momento aunque nunca lo hubiera utilizado. No tardó en empaquetarlo junto a lo demás: la cuerda y la lona, la bolsa con las monedas que había ganado en la capital y la capa, que no necesitaría en esos momentos. En su lugar, se echó por encima una túnica más fresca, típica de los pueblos del sur de Vassla; y se prote- gió bien con el único *chiech* que tenía, un turbante que se hizo ella misma con los restos de la ropa que ya no le valía y sus escasos conocimientos de costura. Se palpó la pierna para comprobar que tenía bien guardado el *kukri* antes de salir.

Había conseguido guardarlo todo en menos tiempo del que espera- ba, y con la mano en el pomo de la puerta, dispuesta a salir para no vol- ver, la ineludible realidad de que abandonaba su hogar la golpeó como un mazo. Nunca había sentido que nada en aquel reino de arena fuera suyo, pero sin duda el único lugar en el que alguna vez se sintió feliz fue entre esas cuatro paredes, aunque esa dicha se hubiera acabado hacía tiempo. Era un sentimiento que solo había experimentado de nuevo cuando Bekke y ella robaban codo con codo, pero aquello también había terminado. La mano le temblaba cuando salió a la calle: no echaría de menos su vida allí, pero sí el olor de aquellas cuatro paredes y el calor de su fuego en invierno.

La nostalgia no le duró mucho, pues en cuanto puso un pie en la ca- lle dos sombras se cernieron sobre ella. En un primer momento Nuage creyó que se trataba de la guardia, que volvía para recaudar sus impues- tos atrasados, y su cuerpo se tensó; pero pronto vio que se trataba de Casbin y Dregir. Esta situación no la relajó en absoluto.

—¿Qué queréis? —espetó, más arisca de lo habitual; pero poco le importaba ya lo que pensarán de ella.

—¿Vas a algún lado, Nuak? —Casbin ignoró su pregunta. «Se pronuncia *Nuash*, dioses» pensó Nuage. Hacía tiempo que había dejado de corregirle—. ¿Acaso vas a dar un nuevo golpe?

La pregunta, disparada a bocajarro y con un tono más afirmativo que interrogativo, tomó a Nuage por sorpresa. Era consciente de que en su pueblo nadie sabía muy bien de qué vivía y ninguno preguntaba; sin embargo, había sido siempre muy cuidadosa y sus robos eran solo en la capital, lejos de Rakana.

—¿Cómo...? ¡Habéis sido vosotros! —acusó con la certeza repentina de que habían sido ellos quienes la habían desvalijado. Una ira creciente bulló en su interior.

—Quien roba a un ladrón... —El viejo refrán sonó como un insulto a oídos de Nuage.

—Si venís a por más, os iréis con las manos vacías. Os lo habéis llevado todo.

—¿Seguro? ¿Dónde estabas ayer? —presionó Casbin. Nuage dio un paso atrás y palideció cuando vio a Dregir flexionar el puño y acercarse más a ella. Entre ambos la habían acorralado contra su propia casa; los dos eran mucho más grandes que ella. Nuage temía sobre todo a Dregir, acostumbrado a realizar el trabajo pesado en el molino.

—¿A ti qué te importa?! —saltó Nuage. Estaba tan rabiosa que casi no sentía el miedo que le atenazaba. Intentó mantener la cabeza fría y buscar una ruta de escape, pero sus opciones se reducían a cada segundo que pasaba y ambos fortachones cercaban su presa sobre ella.

—Danos todo lo que tengas, o llamaremos a la guardia. —Era la primera vez que Dregir participaba en la conversación, y su amenaza sonó sombría. Dregir apenas hablaba, dejaba que Casbin se encargara de todo; algunos rumoreaban que se había vuelto un hombre oscuro e impenetrable desde que su marido lo abandonara, pero Nuage apostaba a que nunca había sido demasiado jovial.

—¿Y qué les diréis? ¿Qué me habéis robado? ¿O que todavía no tenéis lo suficiente para pagar vuestra deuda? —El golpe de Nuage fue bajo, pero acertado. Si estaban ahí era porque no habían podido reunir

lo suficiente, y ella necesitaba ganar tiempo—: Dudo que la guardia os perdone lo que debéis solo por entregarle a una ratera de tres al cuarto.

Sus comentarios surtían el efecto deseado. Ninguno de los dos tenía un plan muy definido: eran hombres desesperados, acorralados por la ley. Nuage casi sintió pena cuando vio la duda fugaz en sus caras y el paso atrás, titubeante y apenas perceptible, que dio Casbin.

—Me dais mucho más crédito del que merezco. No soy muy buscada, nadie me ha visto jamás cometiendo un robo; y, al contrario que vosotros, yo siempre pago a tiempo mis impuestos.

—¿Y cómo consigues el dinero, eh?! No eres más que una maldita huérfana a la que nadie quiere, ¿no tienes nada! ¿De dónde ibas a sacar el oro, si no es robado? —Dregir rugió de furia y se abalanzó sobre Nuage, quien dio un ágil salto hacia la izquierda y actuó por instinto. Aprovechó el desconcierto de sus atacantes y les lanzó un puñado de arena. Acto seguido se puso en pie y como una gata salió corriendo, zigzagueando por las casas en dirección a la salida del pueblo.

Pronto los tendría pisándole los talones. Con el corazón bombeando adrenalina a través de sus venas, desbocado, siguió corriendo sin mirar atrás. Tenía que salir antes de que la cogieran, o no sabía lo que sería de ella.

# CAPÍTULO 1

## *Dins*

Dins cerró el libro al escuchar los pasos apresurados de alguien que se acercaba por detrás y se lo guardó en un bolsillo, con el último verso de la nana todavía en su cabeza. Los pasos se acercaban cada vez más a su escondite, y Dins sabía de sobra que lo buscaban a él: nadie más solía frecuentar la torre oeste a esas horas, donde leía sentado en la cornisa que daba a la plaza. La única persona que sabía lo mucho que le gustaba al joven príncipe escapar a ese rincón era Harad, el capitán de la guardia.

—Su alteza, sabe que no debería estar aquí arriba, es peligroso. — Dins sonrió para sí al escuchar la voz profunda que fingía despreocupación. Harad se mantuvo tres pasos por detrás, y Dins podía recrear a la perfección la estoica figura del soldado, con las manos tras la espalda, a la espera de que bajara de la cornisa.

—¿Te han vuelto a enviar de niño, Harad? —preguntó divertido, sin ninguna intención de moverse—. Debes ser el capitán de la guardia más desaprovechado de la historia del reino, siempre tras el joven príncipe para que atienda sus obligaciones.

—Las cuales se ha vuelto a saltar, alteza —puntualizó Harad—. Podría dedicarme más a erradicar el vandalismo en la ciudad si usted no se escabullera de sus lecciones tan a menudo.

Si hubiera sido cualquier otro soldado, Dins no le habría dejado pasar el tono quisquilloso ni la recriminación abierta; pero era Harad, y si alguien podía ponerlo en su sitio era él.

—Ya conozco la historia de este país mejor que ese aburrido tutor. Quiero conocer la historia del resto del mundo. ¿Qué hay fuera de nues-

tras murallas? —Se giró por completo y le miró, y detrás de él quedaron las montañas que se dibujaban, los días claros, al norte del país.

—Desierto, bandidos y nada en lo que un príncipe deba andar metido, como ya le he repetido con anterioridad —le reprendió con suavidad—. Ahora, baje de ahí y venga conmigo. Su padre lo busca, alteza, y ya le hemos hecho esperar suficiente. El rey es un hombre ocupado.

Dins suspiró y bajó de un salto de la cornisa. Oteó con anhelo las montañas y, después, su propio pueblo y la vida que trascurría bajo los muros de su palacio.

—Al menos podrían dejarme ver mi país —masculló. Bajó las escaleras con desgana y Harad caminó tras él, a tres rigurosos pasos de distancia, nunca más cerca.

—Cuando esté preparado, su alteza, viajará por todas las ciudades como su rey.

Dins no contestó. La idea de ser rey le oscurecía los pensamientos y, con semblante sombrío, hizo el resto del camino hacia el despacho de su padre. Antes de llamar a la puerta se giró hacia Harad.

—¿Por qué me requiere el rey, Harad?

—Suponía que no lo recordaba. —Harad negó con la cabeza, y el movimiento resaltó una profunda cicatriz que le recorría el rostro—. Para hablar de su compromiso, por supuesto.

El mundo de Dins se tambaleó y se agarró con fuerza al pomo de la puerta. Había olvidado por completo aquel asunto, y un sudor frío recorrió todo su cuerpo.

~~~~~

Su padre, el rey, se inclinaba sobre unos documentos cuando Dins entró en la sala. El regente no levantó la cabeza de ellos ni al sentir su presencia. Dins esperó largo rato hasta que su padre decidió darle permiso para sentarse.

—Hijo, se acerca la fecha de tu vigesimoprimer cumpleaños, edad

en la que te proclamarás heredero al trono y comenzará tu instrucción real, que finalizará el día de mi muerte. —Dins asintió; ya sabía que no debía hablar en presencia de su padre a no ser que le hiciera una pregunta directa—. Así pues, como es costumbre, un mes antes de tu cumpleaños debemos anunciar tu casamiento, que se celebrará el mismo día en que seas proclamado futuro rey; y esa fecha es la semana que viene, por si lo has olvidado, tan ensimismado como estás siempre en tu mundo de fantasía.

Dins negó con la cabeza e intentó con todas sus fuerzas que sus sentimientos no se reflejaran en su rostro. «Un verdadero líder no deja nunca entrever sus emociones»; las enseñanzas de su padre resonaron en su cabeza. Casi podía escuchar la regañina.

—Es por eso que la semana que viene anunciaremos tu compromiso con Tamora, hija del noble Amonkira. Espero que estés de acuerdo.

Aquella frase era una trampa. No era una pregunta, tan solo una señal para que él afirmara, pero su cara le traicionó y se le escapó una mueca antes de poder contenerse.

—Pero, padre...

—¡No hay peros que valgan! —bramó su padre. Dins bajó la mirada—. Ya es hora de que asumas tus responsabilidades. De aquí a siete días anunciaremos tu compromiso. Os casaréis el día de tu cumpleaños, y no hay más que hablar. Puedes retirarte.

Dins quiso decir algo más; no obstante, el rey volvía a estar enfrascado en sus documentos y, cinco minutos después, el joven príncipe abandonó cabizbajo la sala y se encerró en sus aposentos.

~~~~~

Observaba el techo de su cama de dosel, incapaz de conciliar el sueño. Las sábanas se arremolinaban a sus pies hechas un lío, igual que sus pensamientos. Desde que había salido del despacho de su padre hacía unas horas se había sumido en un trance del que nadie, ni sus tutores, ni Harad, habían conseguido sacarle. Hundido en su propia miseria, Dins

se había encerrado en su habitación y había intentado recluírse en el mismo mundo interior al que acudía desde que era niño, cuando había aceptado que jamás podría escapar de su vida.

Porque Dins odiaba su vida. Era el príncipe de un gran país y algún día sería rey, y, sin embargo, se sentía tan atrapado como un preso en una mazmorra oscura y ponzoñosa. Nadie jamás le había preguntado por sus opiniones o intereses, nadie se había preocupado de lo que él quería; ni siquiera sus padres, que nunca le trataron como a un hijo: solo como a un peón político. En sus días más oscuros, Dins se retraía en su interior y se olvidaba de todo, viviendo como una marioneta vacía; a veces, temía haberse convertido en una por completo. Hacía lo que le ordenaban sin preguntar, y los únicos resquicios de libertad los vivía cuando escapaba a las torres del palacio y observaba el mundo libre bajo sus pies o al sumergirse en los libros de historias que le regalaba Kana, la esposa de Harad.

Quizás fuera egoísta. Él era un privilegiado, un niño mimado encerrado en una jaula de oro; pero ser rey conllevaba demasiadas responsabilidades que no estaba dispuesto a aceptar. Quería vivir su vida, y no la de su padre, y su padre antes que él, y el padre del padre de su padre antes que todos ellos: rodeado siempre de consejeros que le susurraban al oído las palabras que debía pronunciar. Sin embargo, aquel no era ese día. Ese día, por más que Dins lo intentara, no pudo evadirse de la realidad como hacía siempre, y esta volvía una y otra vez a él impidiéndole dormir y forzándole a revivir una y otra vez la conversación con su padre. Tras hablar con él se había encerrado en su habitación, sumido en un hermético mutismo; y allí seguía cuando la luna se abrió paso en el cielo y él, cansado de dar vueltas en la cama, se acercó hasta la ventana y miró con anhelo los jardines de palacio.

—Tengo que salir de aquí —masculló—. Tengo que escapar.

Su corazón comenzó a latir con rapidez ante la idea. ¿Y si lo hacía? ¿Sería capaz de escapar de palacio, burlar la seguridad de los guardias y vivir como un fugitivo? Pero no habría en todo Vassla un lugar seguro para él y cruzar el desierto, infestado de bandidos, no parecía una opción muy halagüeña.

No obstante, la idea ya estaba allí. Dins recorrió el exterior con la

mirada sin saber muy bien qué buscaba, y le dio un vuelco el corazón al ver una figura moverse entre los árboles. Miró atentamente y vio una sombra fugaz acercarse a palacio y desaparecer. Se alejó de la ventana, temiendo que fuera un bandido, pero pronto desechó la idea. Sin lugar a dudas se trataba, por el tamaño y la rapidez, de alguno de los animales de palacio. El príncipe volvió a la cama con la idea de fugarse dándole vueltas en la cabeza, y se sumergió de nuevo en uno de los libros de Kana. Era un pequeño cuento, una leyenda que hablaba de aventuras en países lejanos. Como todos los libros que le pasaba, eran simples panfletos sin portada, cuentos infantiles que no eran suficientemente importantes como para entrar en la biblioteca real. Ahora, le parecía que las historias que contaban le animaban a descubrir qué había más allá, aunque fuera su propio inconsciente el que hablaba. Concilió el sueño horas después, cuando despuntaba el alba y el esbozo de un plan se formaba en su cabeza.

~~~~~

—El día de la pedida tendrá que dar el tradicional discurso en el que deberá agradecer tanto a su ilustrísima majestad como al padre de la futura novia la suerte que tiene de desposarse con ella... —La voz monótona de su instructor hacía cabecear a Dins. La emoción de la noche anterior aún no se había diluido del todo y hacía palpar su corazón con fuerza, siendo lo único que le impedía quedarse completamente dormido en la cara de Jowan. El plan, si es que podía llamarse así, que había comenzado a urdir era en realidad una ligera idea que se resistía a abandonarlo.

—Su Majestad, ¿me está escuchando? —le regañó con acritud su tutor.

Dins asintió distraído, sin esforzarse siquiera por parecer creíble, y continuó con la mirada perdida en la ventana de la biblioteca, donde solía dar todas sus clases. Cuando terminó su lección y su instructor abandonó la torre, rezongando por el poco interés que ponía el príncipe en sus lecciones, Dins se levantó de un salto y, en lugar de escabullirse

como hacía siempre hasta la hora de comer, se perdió entre las grandes estanterías de madera que tan bien conocía. Había pasado muchas horas vagabundeando entre los libros de la biblioteca real, la más grande del reino, y aunque no había mucha variedad de temas, se sabía casi todos los tomos de memoria. Excepto los que versaban sobre la historia antigua del reino, un tema que le causaba un sopor instantáneo; y que era justo los que necesitaba en esos instantes. Dins había llegado a la conclusión de que, si quería escapar, primero tenía que saber cómo era el mundo más allá de las fronteras, si es que lo había. Todos los registros oficiales indicaban que el mundo era un gran desierto, un desierto interminable que no acababa nunca, pero aquello no podía ser verdad. Sin embargo, no tenía manera de averiguar lo contrario: no había datos, ni mapas, ni testimonios de que más allá de sus trece ciudades hubiera civilización alguna.

Así pues, Dins decidió ir a los orígenes, al inicio de la historia de su reino, creado por obra y gracia de Ontamalca el Magnífico, un aguerrido guerrero que llegó a Vassla y encontró un erial del que creó un reino próspero. Esa era la historia oficial, pero no podía ser tan somera. Dins llegó a la estantería que buscaba, la más oculta de todas, y extrajo de ella un pesado tomo. El libro dejó una marca en el polvo de la estantería, y Dins tuvo que frotar el lomo para asegurarse de que era el que buscaba.

—*Historia de Vassla* —leyó en voz alta el escueto pero inequívoco título y sonrió. Ese era.

Al salir de la biblioteca con el pesado libro bajo el brazo, pasó rozando con los dedos los lomos del resto de libros, en los que tantas y tantas veces se había refugiado. Cuando se fuera, aquello sería lo único que echaría realmente de menos.

La persona que menos esperaba ver apareció frente a él en la puerta de la biblioteca: el rey en persona pasaba por delante, con paso apresurado y el ceño fruncido, una mueca usual en el rostro de su padre. Dins se detuvo en seco e hizo una ligera genuflexión; su padre apenas reparó en él, por lo que Dins se apresuró a ponerse a su altura para seguir su marcha.

—Padre —saludó. El rey asintió con la cabeza, pero no se detuvo a

mirar a su hijo. Parecía que llevaba prisa y Dins titubeó antes de continuar—. Padre, me gustaría hablarle del casamiento...

El rey cortó a su hijo con un seco bufido.

—Dins, no hay nada de qué hablar. Harás lo que yo te diga, y te casarás con quien yo diga. Punto y final —sentenció con una voz atronadora que retumbó en el corazón encogido del príncipe. Sabía que era una vana esperanza, pero tenía que intentarlo. Por inercia, sus dedos se aferraron con más fuerza al libro que cargaba bajo el brazo; el movimiento captó la atención del monarca, que hasta entonces no había posado la vista en su hijo, y su expresión se suavizó ligeramente.

—Siento ser tan duro, hijo. —No era una disculpa, desde luego, pero era más de lo que Dins había esperado—. Mas me alegra ver que por fin entiendes cuál es tu papel. La historia de Vassla es imprescindible para su monarca. Me enorgullece que le dediques el tiempo que se merece.

Un pinchazo que Dins no supo identificar, quizás la culpabilidad, le atravesó al darse cuenta de que su padre estaba orgulloso de él... pero por algo que no merecía. Intentó hablar, pero cuando levantó la cabeza para mirar a su padre su ceño volvía a estar tan fruncido como siempre, con la vista fija en el pasillo, y Dins supo que nunca podría decirle lo que pensaba de verdad. Con una inclinación de cabeza, dejó al rey continuar su camino y se fue, con el paso más lento y pesados que antes, hacia su propia habitación.

Horas después seguía encerrado en ella, enterrado dentro del enorme tomo de la historia del país. Había desoído la llamada para comer, y también la de la cena; ignorando incluso las bandejas de comida que le trajeron los sirvientes en dos ocasiones distintas, y que seguían en la mesa de caoba, frías y olvidadas. Sin embargo, su lectura tan solo le había reportado un creciente dolor de cabeza. En ningún sitio se mencionaba, jamás, nada fuera de las fronteras de su país, marcadas al este y al sur por el desierto, y al norte y al oeste por unas montañas infranqueables. Sí decía que Ontamalca el Magnífico había llegado de fuera y había encontrado un erial donde en esos momentos se alzaba, orgullosa y amurallada, Kahje.

*Soy el que llegó a ser,  
fui el creador de lo que llegó a ser.  
No existían los cielos,  
no existía la tierra,  
no habían sido creadas las plantas  
ni los animales  
en este lugar.*

*Yo me alcé sobre ellos surgiendo del abismo y  
no encontré lugar sobre el que pudiera yacer.*

*Así habló Ontamalca después, cuando narró los hechos que aquí se  
declaran. Vino la aurora, despuntó en el horizonte irradiando sobre el  
día. Las tinieblas huyeron cuando lanzó sus flechas, la tierra festejó.  
Los hombres despertaron, se levantaron de golpe: fue Él quien hizo  
que se endurecieran.*

*Las Terribles Sombras se han ido, la tierra entera se dedica a su  
trabajo.*

—Pero, ¿qué es ese abismo del que hablan? ¡Maldita sea! —farfulló Dins, cerrando el pesado libro con rabia. Una nube de polvo y virutas de pergamino salieron volando hacia su cara y le hicieron toser. Aquella búsqueda no servía de nada: el libro era inútil. Y el príncipe empezaba a frustrarse.

Se levantó y paseó por su habitación como un león enjaulado, al tiempo que trataba de tranquilizarse. Era el primer libro en el que miraba; en algún libro, carta, mapa o registro se mencionaría algo, lo que fuera, de más allá de las fronteras. Dins se dirigió a la ventana y la abrió de par en par, permitiendo que la noche cerrada entrara por ella e inundara la habitación con el frío helado que venía del desierto, más allá del bosque que rodeaba aquella ala del castillo. La corriente le despejó un poco y el dolor de cabeza comenzó a disiparse. Aquel cambio de temperatura le dio hambre, y se acercó al plato de la cena que lo esperaba sobre la bandeja, fría e inapetente. Aun así dio buena cuenta de la mitad del pla-

to, cocinado con demasiadas especias, para su gusto, y cuando terminó, se sintió con fuerzas renovadas para reanudar su investigación. Como no quería esperar ni un solo momento, cogió el libro para devolverlo y, con delicadeza, cerró tras de sí la puerta de su cuarto.

No encontró ni un alma en su camino por los pasillos oscuros. La guardia patrullaba siempre el exterior, pero las rondas dentro del castillo eran muy escasas. Ya en la biblioteca, abrió con cuidado y se dirigió, a ciegas, hacia el candil que siempre dejaban a la derecha de la entrada y que solía encontrar por inercia, cuando creyó ver, al fondo de una de las largas hileras de estanterías, el reflejo de una luz. El corazón de Dins se aceleró. Podría salir con facilidad sin ser visto, y así no tener que dar cuentas de qué hacía en la biblioteca a altas horas de la madrugada... pero nadie debería estar allí, de hecho. No solo él. Se debatió unos instantes en la oscuridad, dudando si escuchar a su prudencia o a su curiosidad.

Fue esta última quien ganó la batalla, y con pasos sigilosos se acercó hacia donde brillaba la inconfundible luz de una vela. Provenía de la misma sección de la que él, esa misma mañana, había sacado el pesado volumen de la *Historia de Vassla* que cargaba bajo el brazo y que tan poco útil había sido. Dins imaginaba, en realidad, que se encontraría con el criado encargado del cuidado de la biblioteca, aunque fuera una hora extraña para trabajar; pero lo que vio le sorprendió mucho.

Una joven muchacha, una sirvienta de ropas ajadas, pasaba los dedos por los polvorientos libros mientras que con la otra mano sostenía una vela, alumbrando los títulos. La lentitud con la que examinaba cada uno le hizo pensar que, o bien estaba buscando algo muy concreto, o bien no era una lectora muy rápida. La joven, cuyo rostro quedaba semienterrado en la penumbra, no había reparado en él; y Dins avanzó en silencio cuando, debido a la oscuridad que le rodeaba, no midió bien sus pasos y chocó contra la estantería, lo que provocó un ruido que alertó a la muchacha.

Del susto, la joven dejó caer la vela al suelo y se apagó con el impacto. Dins escuchó pasos apresurados y el sonido de un vestido al pasar corriendo entre las estanterías. Después, la puerta se abrió y se cerró tras de sí y la joven desapareció sin dejar ni rastro.